

¡Hola a todos los presentes! Buenas tardes.

Hoy nos reunimos aquí en esta pista de hockey para rendir un modesto homenaje a nuestro amigo y compañero Chente. Estamos todos los que alguna manera hemos tenido relación con él y otros los más jóvenes que aunque no lo hayan conocido se han querido sumar a este pequeño homenaje. Vaya pues, el agradecimiento al F.M. Oviedo organizador del mismo, club que siempre tiende su mano a todo lo relacionado con el hockey, a los Amigos del Cibeles, muchos excompañeros de Chente que siempre están presentes en los momentos en que se los necesita, al C.P. La Corredoria, al Centro Asturiano, al Booling, a la Federación de Patinaje del Principado de Asturias y a todos los jugadores que están hoy con nosotros.

Hablar de Chente es muy fácil para mi y para vosotros, pero a la vez difícil, porque tenemos que hablar con el corazón y ése puede más que las palabras. De Chente como deportista no vamos a decir nada, todos lo conocíamos, era un jugador de una calidad exquisita, de un patín maravilloso, un deportista en todo el sentido de la palabra. Ese deporte que inició Chente, en la pista de los Dominicos, de la mano del cura, puso de manifiesto su carácter.

Como compañero de colegio siempre fue algo especial, especial por su gran corazón que como decía Tagore era inmenso y relucía todos los días frente al sol naciente. Con su carácter alegre, y su alegría diaria, virtudes adquiridas en su educación en el colegio, siempre se interesaba por todos, siempre tenía palabras de ánimo para sus amigos, siempre se preocupaba por nosotros. Con el tiempo, cada vez que nos

encontrábamos por la calle preguntaba por sus excompañeros de curso y pasábamos largo tiempo repasando las circunstancias de aquellos, recordando viejos tiempos. La última vez que disfrutó con todos nosotros fue hace dos años en la reunión anual del C.P. Santo Domingo, reunido con sus compañeros de equipo rememoraron viejas anécdotas hockeísticas, que por cierto eran muchas. En los últimos meses, fue un ejemplo para todos por su lucha por la vida, su tesón y su esfuerzo para poder salir adelante.

Chente, aunque no esté presente, está con nosotros con sus amigos y nosotros con él, porque la vida de los que se han ido permanece en el recuerdo de los que quedamos.

Chente nos dejó parte de su vida entre nosotros, a su hija María que es el fiel reflejo de la alegría de su padre y que tiene el inmenso corazón, como decía antes, de él.

María tienes que estar orgullosa de haber tenido un padre como el que has tenido, como ves un hombre querido y respetado por todos.

Como se suele decir, sólo los buenos se van, pero eso no es cierto, pues nos vamos a ir todos más tarde o más temprano, pero cuando se nos va un amigo de corazón nos deja un gran vacío que intentamos tapar con los recuerdos que tenemos de él. Por tanto lo recordaremos siempre y no nos despedimos de Chente sólo le decimos hasta pronto.

Hoy en la pista celestial están reunidos todos aquellos hockeros que nos han dejado y, sin duda, estarán hablando de su hockey sobre patines entre nubes de algodón.

Muchas gracias.